

fianza; mientras que para vos habrá el abandono de la intimidad más delicada, con tal de que procedáis de buena fe y que ella a su vez pertenezca al grupo de mujeres que saben conservar un amigo.

Verdad es que estas condiciones no se aunan muchas veces porque tal clase de amistades, «voluptuosas», como las llamaba con mucho donaire un célebre escritor, son muy raras, tan raras como la poesía en la galantería, esa poesía que caracterizaba al hombre de la chupa azul pálido y a la mujer del vestido de color de rosa, que estaban pintados sobre la cajita de marfil que regalé a Coleta. Hubo un tiempo en que yo me decía: ¡Dios mío! ¡cuánto daría por conocer a fondo el corazón humano! Ahora soy menos pretencioso, y he aquí que para suspirar y gemir estoy olvidándome hasta del objeto de este análisis más o menos exacto que me propuse hacer. ¡Si pudiera siquiera ver la expresión de sus ojos cuando los fija en la maniatadura, acordándose de mí! Y si algún día lee estas páginas, debe saber que se las hubiera dado con sumo gusto para rizarse el pelo, hasta, y comprendido, el aforismo final.

XXXVII

Aprender a conocer a las mujeres, es aprender a conocer de antemano el detalle del mal que os han de hacer, sin ningún medio de preservaros de ello. Esta ciencia consiste en aumentar la miseria del amor por la previsión lúcida de esta miseria.



MEDITACIÓN IX

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

I

LOS DRAWBACKS.

Hay una Providencia para los analistas. Me parecía que no había de llegar yo nunca a concluir el capítulo referente al «encuentro de los amantes» que ha celebrado con tan lindos versos el poeta Augusto Dorchain. ¿Os acordáis? Especialmente de aquella estrofa en que decía:—... *ni los padres ni sus juramentos,— impiden que TODO SE CONJURE,— para el encuentro de los amantes...*

Había descripto ya los dos animales, el macho y la hembra, cada uno aparte y cuando estaba a punto de evocarlos, poniéndolos enfrente el uno del otro, agarrándose y devorándose, me perdía... Pero he aquí, que la otra noche, habiendo bosquejado un vigésimo plan de esa fatal meditación, cuya X se me aparecía como un caballete de tortura y hecho pedazos este plan, como hice los otros diez y nueve, salgo de casa

sin rumbo fijo. Llego delante del teatro Francés, se representaba *On ne badine pas avec l'amour*. «No se juega con el amor». Entro en la sala para oír aquella encantadora prosa, sin que la pronunciara Coleta, ¡ay!, esa Coleta, que a mi parecer hacía el papel de Camila como no lo hará ninguna actriz. Se identificaba ella tan bien con esa extraña muchacha que sabe lo que es la vida y no conoce su propio corazón; que quiere hacerse razonable y que una sonrisa de su primo dirigida a Rosita, vuelve loca; que rechaza a Perdican sincero y que corre detrás de Perdican pérfido. Ingenua coqueta, que destroza tres existencias, la suya, la de su futuro y la de Rosita, por nada...; ni siquiera por gusto. Sí; Coleta estaba admirable interpretando el encanto incierto, melancólico y peligroso de ese papel; tan admirable se presentaba ella, como mediana la actriz que lo hizo aquella noche. ¡Y Perdican! ¡Y el barón! ¡Y Bridaine! ¡Todos eran malos...! ¿Y yo? Mis recuerdos se hicieron tan vivos, las frases de aquel drama herían en mí un sitio tan enfermo de mi corazón, que no pudiendo ya resistir el dolor, salí del teatro. En el peristilo y delante del busto de Balzac, me encontré con el barón Desforges.

—¿Adónde vais?— me preguntó.

—A un sitio en que no oiga a estos cómicos— respondí.

Se sonrió de mi salida, tan inesperada, y nos fuimos juntos.

Hacía bastante tiempo que no le veía y no le encontré muy envejecido. Su bigote rubio, se ha vuelto, es verdad, casi blanco, su tez algo más colorada; pero su mirada es siempre viva, y aun cuando el barón tie-

ne ya sesenta años, sus músculos, merced al massage cotidiano del doctor Noirot, conservan su flexibilidad, como lo demuestran sus menores movimientos. Solamente que no puede ya fumar, ni beber vino de Oporto, ni ver a madame Moraines. Aprovechó cuerdamente una nueva infidelidad de esta encantadora bribona, para cerrar su arca, como dice él. Ha debido portarse muy bien con ella, puesto que continúa yendo a su casa, teniendo puesto allí su cubierto al lado del de su sucesor, que es uno de los jóvenes barones Mosé. Desde esa ruptura, Desforges me quiere más y es porque en otro tiempo Susana Moraines le hablaría, sin duda, muy mal de mí y esa mala impresión se le habría ya desvanecido, y además, como le escucho con tanta complacencia y le admiro con tanta sinceridad, no es extraño que guste de mi compañía. ¿Qué mejor maestro puede tener un escritor dado a la observación, que un hombre vividor de las condiciones de mi buen barón?

Desforges me llevó debajo de los arcos de la calle de Rivoli y me preguntó por mis trabajos. Le hablé detalladamente de mi *Fisiología* y de la mala sombra que me persigue.

—¡Vaya una dificultad!— me respondió—. ¿Tenéis acaso la pretensión de dar en vuestro libro una teoría completa del amor?

—No soy tan iluso— repliqué yo.

—Entonces, en vez de extraviaros en generalidades, escoged un caso bien definido, que conozcáis a fondo, una historia sencilla, un término medio entre los extremos de las intrigas galantes de nuestros tiempos... ¿Qué queréis saber? ¿Si el negocio es

bueno o malo? Proceded del mismo modo que se procede en la vida mercantil. Haced un balance: una columna para el activo y otra para el pasivo. Cifrad el detalle de las felicidades y de las desgracias, de los placeres y de lo que los ingleses llaman *drawbacks*, esto es, de los inconvenientes que hay que sufrir por cada ventaja que se obtiene. Haciendo después dos sumas y una resta, sabréis a qué ateneros respecto a lo que los hombres de hoy han hecho del amor. Esto es lo mismo que la política, de la que todos hablan incesantemente en París, y la comprenden lo mismo que los actores que acabamos de ver entienden a Musset...

—Vamos a ver, ¿queréis que hagamos juntos el balance de la felicidad de Maintenre, en sus relaciones con madame de Hacqueville? Es un buen ejemplo... Él tiene treinta y seis años, posee treinta mil francos de renta, tacto y gusto; es buen mozo, conserva toda su dentadura y sus cabellos, y no padece de reuma. Ella tiene veintiocho años; es alta, elegante, hay cien mil francos de renta en su casa, no tiene más que un hijo y su marido es un tesoro, bien lo sabéis... Esto ha durado cuatro años, se ha hablado de ellos; pero no demasiado... En fin; es un bonito y oportuno caso para vuestros propósitos; a primera vista, es lo que un padre razonable desea para su hijo cuando éste ingresa en la sociedad, una de esas relaciones que preparan para el casamiento... ¿Tenéis prisa por volver a vuestra casa?

—Ninguna; dejadme solamente encender un cigarro.

Estábamos delante de una expendeduría de tabaco.

—Encended más bien uno de los míos—dijo el barón sacando una petaca—, no fumo ya; pero tengo siempre buenos cigarros para ofrecérselos a mis amigos... Este es el arte de la vejez, o mejor dicho, un ilusorio consuelo.

* * *

El habano que me dió era realmente exquisito, y aspirando su delicado aroma, estuve escuchando al barón contarme una de esas novelas mundanas que hacen soñar a los jóvenes y suspirar a los viejos.

—Empecemos por el principio—dijo él—, conozco perfectamente toda esta historia... Diez años llevaban de conocerse Lucía y Maintenre, sin haberse fijado nunca el uno en el otro... Se encontraron un día sentados juntos en casa de madame de Hère, que ofrecía una cena a sus convidados, casi al final de un baile de trajes... Ella iba disfrazada de pierrette y él de arlequín... Me parece estarlos viendo; los ojos de él expresaban el deseo y la esperanza de un hombre que posee un cuerpo hermoso que lo enseña y que comprende que lo están admirando y diciendo: ¡Vaya, vaya!... Y la señora de Hacqueville se reía a más y mejor... A eso de las seis de la mañana, Maintenre volvía a su casa y hubo de decirse en el coche que le llevaba: «En verdad que esa mujer me convendría; es bonita, fina, distinguida y joven. No ha tenido amantes, sería yo el primero... Además, es de buena casa, pues... se dice de ella «que la mesa está bien servida».

—¡Oh!, barón...—exclamé yo.

—Sí, sí, amigo mío—insistió—; todo eso entra en cuenta. No siempre se lo confiesa uno a sí mismo, y

en esto consiste la diferencia que hay entre las personas novelescas y las que no lo son... En París, y para los hombres que saben contar como Mainterne, y os repito que tenía entonces treinta mil francos de renta, el carro de Venus ha de llevar en cualquiera de sus frentes el letrero que ostentan algunos de los que sirven para las mudanzas: *Estoy enguatado*. El coche Hacqueville lo estaba y Mainterne ha tenido amores confortables. Hubo de sentirse muy satisfecho al creer que Lucía le había distinguido entre los demás y se acostaría pensando en que las relaciones amorosas con esa mujer le proporcionarían buenas comidas y deliciosas *soirées*... Vaya, pongamos veinte en el activo de Mainterne por las ideas que bullían en su cerebro aquella mañana y las siguientes.

—¿Pero no tenía entonces que liquidar con otra amante, con esa Leona d'Asti, que repartía sus favores entre el banquero Aubry y él?

—Es verdad—repuso Desforges—. ¡Ah!, qué bonita combinación había preparado allí... Leona tenía cincuenta mil francos de renta, suya propia, y un pequeño hotel. Aubry la daba seis mil mensuales y Mainterne era lo que llamo el medio corazón, es decir, que él representaba los palcos en el teatro, las comidas en la fonda, un regalo de cuando en cuando y la alegría. En aquella época le gustaba mucho el bullicio, llevaba consigo algunos amigos y se divertían. Solamente que Leona no era ya joven, pero tenía la edad en que los bribonzuelos, como decía no me acuerdo quién, se hacen grandes calaveras, y no se trataba entre los dos amantes más que de su salud respectiva, de los manjares que no digerían bien, de

las medicinas que tenían que tomar; además, Mainterne atravesaba entonces una crisis muy digna de tenerse en cuenta, cual es esa por la que todos pasamos, en la que se desea conocer el amor con la A más grande posible...

En fin, a la cena de madame Hère sucedieron las visitas en casa de Lucía; él la corteja, se declara y ella se defiende; pero un día, pataplúm, ésta le habla de Leona. El muy truhán esperaba tratar con las dos, y tal vez esto hubiera sido posible, si hubiese confesado, de lleno, porque la franqueza desarma a las mujeres; mas no lo hizo así, lo negó. Contaba sin la crónica chismosa, que recorre los salones del gran mundo y los del *demi-monde*. Lucía le exige que rompa con Leona, quien a su vez sabía también lo que ocurría; pero nuestro joven nada supo ni comprendió, hasta que fué a llevar a esta un *chèque* de quinientos luises como regalo de despedida. Leona cogió el papelito, lo arrolló entre sus preciosos dedos y, tirándose, riendo, a la cara, le dijo: «Recoge esa bola, pues con ella y con tu amante de la alta sociedad tendrás dos.» El pobre hombre tuvo miedo de alguna venganza, y se fué derecho a la calle de la Paix a comprar para la d'Asti un hilo de perlas que le costó veinte mil francos. Era ésta una cantidad regular para el capital que poseía entonces... Hay que sentarla en la columna de ganancias y pérdidas. Leona, informada por Aubry, había dado a Mainterne algunos buenos consejos respecto a la colocación de su dinero; pero el dejar a una amante como ésta, de su dinero; pero el dejar a una amante como ésta, rica, de talento, buena muchacha, con una casa magníficamente puesta y que no le proporcionó ningún

mal rato, bien merece que pongamos cuarenta en su pasivo por esta simpleza.

— Inscribo — dije yo riendo —, *Haber Maintenne*, veinte; *Debe*, cuarenta... Veinte de pérdida en el balance.

* * *

— Seamos verídicos y narradores exactos — continuó Desforges —; a la ruptura con Leona siguieron unos días deliciosos. Lucía y Maintenne se hallaban en ese período en que la mujer está casi comprometida, pero que no se ha entregado todavía. Este estado ofrece al enamorado todos los placeres de la caza o de los viajes, con la diferencia de que cazando está uno expuesto a que algún ojeador torpe le envíe una granizada de plomo a las pantorrillas, y viajando, a que descarrile el tren. Yo no comprendo los viajes más que a Bélgica cuando los verifican los cajeros poco afortunados. El verdadero viaje es el que se emprende alrededor de una mujer amada, a quien no se posee todavía, pero que se os entregará mañana, pasado o dentro de una semana... Y, mientras tanto, descubris en su espíritu una infinidad de cosas a cual más lindas; ese talento admirable que produce, bajo la forma de pequeños partes azules, tantas obras maestras de gracia, de malicia y de coquetería, que los pilluelos del telégrafo reparten por la mañana de un extremo a otro de París. Más tarde, la señora de vuestros pensamientos se servirá de ese talento para haceros daño; pero en este momento lo emplea en seduciros. Luego descubris en ella gustos delicados que antes ignorabais; el modo que

tiene de rehusar o de hacer una caricia, de avanzar o de retirar su pie o su mano, de mover o de inclinar la cabeza, y otros mil y mil detalles que os hacen quedar con la boca abierta delante de aquel sér, que es en dicho período el único que existe para vos... Cuando os ofrece una taza de té tiene un modo, tan peculiarmente suyo, de coger el azúcar con las tenacillas, que la miráis como mira un bolsista, que está viajando, la cotización del día, al comprobar que sus valores han subido y que ha ganado doscientos mil francos paseándose... Después, cada visita que le hacéis, os demuestra mejor su belleza oculta, exploráis países desconocidos, algo más, vuestro futuro reino... En fin, el deseo, lo más difícil de procurarnos nosotros, que nos hemos sentado a tantas mesas equivocándonos siempre... ¡El deseo! He conocido hace tiempo a un judío alemán, cincuenta veces millonario, delante de quien un amigo nuestro se quejaba de sentirse a la sazón menos ardiente con las mujeres, y el israelita le contestó con un acento que me es imposible imitar: «¡Menos ardiente...! ¡Qué feliz sois! Yo no conozco ya ni siquiera los placeres de la incertidumbre...»

— Apunto cincuenta, ¿no es verdad?, en el activo de Maintenne — interrumpí yo —; cincuenta menos veinte...

— No tan de prisa, joven — repuso el barón —; es preciso descontar algunos *drawbacks*, y, en primer lugar, la necesidad de frecuentar la alta sociedad. Cuando Maintenne era el amante de Leona, escogía los salones adonde quería ir y no visitaba a nadie. Uno de sus axiomas era: «Puesto que las personas

son tan susceptibles que se formalizan por una pequeña falta de cortesía, vale más enfadarse con ellas en seguida...» Y lo practicaba así. Llegaba al Círculo a eso de las cinco, charlaba, jugaba a las cartas o al billar hasta las siete, se vestía muchas veces allí y tan pronto comía en el Círculo como en alguna casa en donde sabía que gustaban de su sociedad o donde se complacía él en estar. Siempre tenía alguna invitación, que aceptaba o no, según su capricho. Cuando, hallándose en la Ópera, le convenía dar una vuelta de inspección ocular, entraba en un palco de su gusto o no entraba, pues a nada se consideraba obligado; era, en fin, un parisién independiente, especie rara, pero en verdad la única que goza positivamente de esta incomparable ciudad... Desde el día en que la señora de Hacqueville ocupó su cabeza y su corazón, se apoderó también de su vida. Fijaos en esta escena: ella está sentada al lado de la chimenea, después de haberse hecho ambos las mutuas confianzas de sus almas gemelas, y le pregunta: «¿Os veré el miércoles en casa de Taraval...? Él, hipnotizado por una media de color gris perla que divisa en el borde de unas zapatillas bordadas, contesta: «No, no me invitan ya, y hace muchísimo tiempo que no dejo mi tarjeta en su casa...» «Pues bien, dejadla, y cuando os encontréis aquí con la señora Taraval, haced las paces con ella... ¡Es tan buena!» Y ya tenéis a Mainterne obligado a tragar a los Taraval, a quienes no puede ver, y a los Douvé, y a la Sermoise y a los Ethosel... Se le ve a las cinco..., se le invita a banquetes... Estos *draw-backs*, en mi concepto, valen cincuenta.

—¡Infeliz Mainterne!—dije a mi vez—. Siempre

veinte en su pasivo; verdad es que no ha pasado todavía de los gastos menudos.

—¡Ca! ¡No, señor; no tan menudos!—repuso Desforges, acompañando su palabra con un gesto, que podía pasar por un comentario de la fórmula de nuestros abuelos, respecto a que «una mujer bonita ha de tener bastante pecho para llenar la mano de un hombre honrado».

* * *

Habíamos atravesado la plaza de la Concordia y seguíamos por la acera de la izquierda de los Campos Eliseos, y no me costó trabajo comprender que el motivo y, sobre todo, el deseo de que le acompañase a su casa, era lo que empujaba al barón a prodigarme los tesoros de su experiencia. Pero le hubiera acompañado yo hasta el puente de Neully sólo por oírle imitar a Lucía en tono irónico:

—En fin, el momento solemne llegó, aquel en que la señora de Hacqueville, suspirando a su oído, le dice: «—Pues bien, sí, amigo mío, no quiero haceros sufrir..., seré vuestra...»; y hablan del día y de la hora, lo que significa que el infeliz Mainterne tuvo que empezar a correr calles y más calles, para hallar un entresuelo amueblado que sirviera de nido a sus amores. Con Leona no necesitaba nada de eso y creía que Lucía iría a su casa; pero ella no lo consintió. Es muy divertido a los veinticinco años, eso de estar buscando paraísos amueblados, a los treinta y seis no gusta tanto; los muebles parecen descoloridos, feos, y el cuarto inhabitable. Luego las gentes os miran con una fijeza que incomoda, y el pobre Mainterne

se acordaría de Leona, de sus hermosas y confortables habitaciones, de su espléndida mesa y de su lindo y famoso tocador. Pongamos veinte en el pasivo por todos estos fastidios, que con los otros veinte, suman cuarenta, y hablemos de la primera cita.

Una mujer del gran mundo, de quien sois el primer amante, satisface en gran manera el amor propio; apuntad veinte en el *haber* por el gusto que esto proporciona. Pero en la intimidad del trato, en los momentos supremos del amor, en esos ratos de anhelantes ansias y de inefables dulzuras, otras cualidades son las que se aprecian, y las tres cuartas partes de las veces tenéis a vuestro lado a una ignorante que de nada entiende y que os hace pensar, por el parecido, que os halláis en amores con una de esas estatuas de reinas yacentes encima de los sepulcros. Y casi siempre estas ignorantes se presentan con el carácter de prudentes, empezando por pedir os que le evitéis un contratiempo a nueve meses fecha, cosa, como ellas dicen, importuna y llena de compromisos; sucede que con la combinación de la ignorancia y de la prudencia, no disfrutáis de ningún momento bueno, pues estas citas se parecen a las comidas que se hacen en las estaciones de ferrocarriles, que tienen quince minutos de parada y fonda. Coméis de un modo execrable y os marcháis a medio comer.

Además, hay que unir a esto una infinidad de *drawacks*, no quiere vestirse en vuestra presencia, no sabe cómo volverse para calzarse, etc., etc. Y si su marido la ha hecho seguir, o si encuentra a alguna persona conocida, más valdría tal vez que se supiera, porque así os pertenecería para siempre... Fi-

guraos a Mainterne abrochando, mal o bien, las botinas después del triste placer que acabo de pintaros y que siente pasar por su cuerpo la muerte chiquita pensando en esa soledad de dos que le presentan en perspectiva. Cincuenta en el pasivo por esta primera cita.

—Cincuenta menos veinte, quedan treinta... más cuarenta. Debe Mainterne setenta—dije yo—; pero hay una segunda, una tercera, una cuarta cita, y, ¿en cuánto apreciáis el placer de despertar esa inocencia, de instruir esa ignorancia, de triunfar de ese pudor y de obtener, en fin, esa ingenuidad de sensaciones?

—¡Espacio, espacio!—exclamó Desforges con la entonación de un jinete que quiere contener su caballo—. No nos apresuremos, apuntad cincuenta en el *haber* de Mainterne por estos placeres, aun cuando en amor esas dichas no han sido de mi gusto, porque siempre se trabaja para los demás. De modo que setenta menos cincuenta, el *debe* baja otra vez a veinte. ¡Ah!, se me olvidaba un *drawacks* de los más terribles, este es el del día y de la hora fijos. Cuando Mainterne era el amante de Leona, iba a su casa o no iba; si la hora no le acomodaba, la variaba y en paz; pero a una mujer tan vigilada como la señora de Hacqueville, que le concedía una hora, de veinticuatro que tiene el día y tan sólo una vez al mes, no se puede faltar; es preciso acudir allí, como el militar a la lista; no hay disculpa que valga. Esta felicidad obligada es para mí el mayor de los *drawacks* que ofrecen las relaciones con mujeres de la alta sociedad; pero calculemos con moderación y no estimemos más que en veinticinco este pequeño fastidio. Había

veinte en el *debe* de Mainterne, tenemos ahora cuarenta y cinco, y eso que me voy ablandando.

—¿Y el dinero?—pregunté yo con aire triunfante—. ¿Las mujeres de esa clase no cuestan nada?

—A eso voy—me respondió con calma el antiguo protector de la señora Moraines, sin turbarse por la simpleza de mi pregunta, que notaba yo ruborizándose—. Escuchad esta pequeña anécdota: la señora de Hacqueville tiene un hermano, Seldrón, el joven que se casó el año pasado. Mainterne se creyó muy hábil procurando tratar amigablemente a toda la familia de su amante, jugaba al besique con una anciana tía de Lucía, que le hacía trampas, se inclinaba delante de tres viejos adoradores platónicos de su amada, pues ésta le había dicho: «—Estos señores son amigos míos, amigos buenos y verdaderos; os suplico que los tratéis como merecen.» Y Mainterne lo tomó tan al pie de la letra, que no obstante haberles aborrecido, ellos le querían demasiado, sobre todo el menos viejo, pues Mainterne no podía ya montar a caballo, sin que dicho individuo le acompañase.

Esto sólo basta para que comprendáis la intimidad que tendría con el hermano, llegando hasta el extremo de tratarse de tú por tú. El tal Seldrón se presentó una mañana, a las nueve, en casa del que llamaba su mejor amigo, y le dijo: «—¡Ah, mi querido Mainterne, aquí tienes a un gran miserable!» «—¿Qué te pasa?»—preguntó el otro, husmeando el engaño—. «—He jugado anoche en el Círculo y he perdido... Si no pago antes de mediodía, estoy deshonorado...» Paso por alto lo demás, que se resume a esto: «—Qui-

nientos luises, o me levanto la tapa de los sesos.» Los sesos del hermano de una mujer a quien se juraba amor eterno la víspera en un entresuelo clandestino, es cosa sagrada, ¿no es verdad? Mainterne pagó. «—Sobre todo, no digas ni una palabra a mi hermana...» «—Vete tranquilo...» Y en efecto, no se lo dijo nunca; pero yo, que conocía la situación de Saldrón, adiviné lo que había pasado en la expresión de la fisonomía de Mainterne.

Estos pequeños fastidios y otros, como la correspondencia obligada durante el verano para el que tiene horror al papel, a la pluma y a la tinta, los innumerables regalos del día de año nuevo para los Taraval, Ethoral, Douvé, etc., bien pueden sumar cuarenta o cincuenta de *drawacks*.

—Pongamos treinta—dije yo.

* * *

—Pues bien, sea; ya tenemos setenta y cinco—repuso Desforges—. Pero admiraos: estos setenta y cinco se los concedo en el haber, por la amistad que le profesaba Hacqueville, porque no hacía todavía seis meses que Mainterne había triunfado de la virtud de la mujer, cuando era, según es costumbre, el compañero inseparable del marido. Esto es clásico; pero lo más extraño del caso es que ambos tenían muchos puntos de contacto; una misma edad, igual género de talento, idénticas ocupaciones, paridad de gustos y gran semejanza de ideas. Hacqueville es reaccionario como noventa y nueve; Mainterne como ciento. Hacqueville aborrece los viajes; Mainterne no gusta salir

de París; Hacqueville es gran aficionado al *sport*, y ya sabéis cómo monta Mainterne y cómo tira a la pistola. Gustan de los mismos vinos, de los mismos cigarros y de las mismas representaciones teatrales; los viste el mismo sastre, sin que lo sepan, y escogen instintivamente las mismas telas... Me preguntaréis tal vez por qué Lucía entabló relaciones con Mainterne, teniendo por marido a Hecqueville... Y yo os contestaré, señor psicólogo, que éste es un enigma imposible de adivinar. ¿Existe acaso un por qué en la conducta de la mujer? Y qué me diréis de este otro enigma: ¿Sabéis lo que más molestaba a Mainterne? Pues era el oír hablar mal a Lucía de Hacqueville: «—¡Ahl, ¡qué hombre, qué hombre!—exclamaba ella—. ¡Qué desgraciada soy!...» «—¡Oh, no!—respondía él—. No le conocéis...» Le defendía. Ella insistía y concluía por echarle en cara que no la quería por otro motivo más que por el de estar bien con su marido. Quisiera que los hombres pensadores me dieran su parecer sobre esto: Tener un excelente amigo, a quien se quiere en razón directa a lo que se le falta, y verse obligado a escuchar a una mujer, a quien también se quiere, hablar mal de él todo el día. ¿No es eso cruel, muy cruel? Apuntemos veinte por esto en el debe de Mainterne...

—Siempre volvemos a la misma cantidad—repliqué yo.

—¡Paciencia!—repuso Desforges—. Ese marido nos lleva hacia Laverdín, nuevo amante. Mainterne hizo tantas veces el elogio de Hacqueville y éste el de aquél, que Lucía acabó por aborrecer a ambos y les fué infiel con el bellaco que acabo de nombrar. Aho-

ra es cuando el *debe* de Mainterne crece y crece cada vez más. Celos terribles, sospechas, disputas, cincuenta; certidumbre de la infidelidad, cincuenta; ridículo, a la vista de todo París, cincuenta; rompimiento con Hacqueville, del que se apoderó otra vez su mujer después de despedir a Mainterne, cincuenta. Tenemos, pues, doscientos en el *debe*, más los veinte primeros y cero en el *haber*. ¿Cómo queréis, amigo mío, que Mainterne oiga hablar de Lucía sin que se dibuje en sus facciones la sonrisa irónica del hombre que, herido en lo más vivo de su sér, no quiere decir nada, y que ella no le profese un odio terrible?... Hacqueville es el único que siente haber perdido la amistad del antiguo amante de su mujer y dice de él: «Es lástima que ese muchacho haya descarrilado... Se ha portado mal con nosotros y, sin embargo, os aseguro que vale mucho.»

* * *

Llegábamos entonces delante del hotel del Cours-la-Reine y el barón me tendía la mano para despedirse.

—Pero esto no es más que un caso—dije—y muy especial.

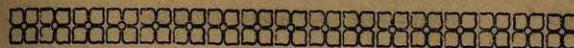
—¿Quizás porque Lucía era casada?—replicó el barón—. Aplicad este mismo método a todas las demás felicidades que conozcáis, desde la que se disfruta al lado de una actriz de talento y muy en moda, hasta la que procura la mujer entretenida, sin contar la viuda y la que está separada de su marido. Estableced las

dos columnas, del *haber* y del *debe*, y me daréis noticias del resultado...

—Sin embargo, convenís en que Leona hacía feliz a Mainterne.

—Sí—dijo el barón—; pero sus relaciones con ésta no eran de amor, sino una costumbre.

Y se despidió de mí, recalcando demasiado esta palabra, para que me produjera todo su efecto.



MEDITACIÓN X

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

II

LOS DESASTRES

Desforges es Desforges, me decía yo al día siguiente de la conversación que tuvimos respecto a los *drawbacks* de la felicidad. Ese filósofo vestido de frac, ve muy claro en los hechos; pero después que se ha enumerado, clasificado, apuntado y cifrado todos los que constituyen la historia visible de una pasión, nada ha dicho de ella.

Y debe decirse y pensarse mucho.

La prueba de esto es que un hombre explotado por una mujer que le ha sido infiel, que se ha burlado de él y que le ha deshonrado, puede volver a su lado, sabiendo perfectamente que soportará, aunque le haga sufrir, todo eso, y tal vez otra cosa peor aún, y esto sucede porque el simple contacto de la piel de esa mujer, el cogerle la mano solamente, representa para aquel individuo una intensidad tal de sensación,